

DON MIGUEL MAÑARA
Y LA ASCETICA SEVILLANA DEL BARROCO (*)

POR JUAN COLLANTES DE TERÁN

Sean mis primeras palabras para agradecer la generosidad de que por deseo vuestro venga a pertenecer a esta ilustre Corporación. He de decir que desde que me fue hecha pública la elección he meditado muy seriamente en los que pudieran ser bagajes de méritos, que sinceramente no poseo, para venir a ocupar un sillón de la Academia. Sin falsa modestia expreso mi temor natural de disertar por primera vez ante tan ilustre auditorio, no sin antes formular el propósito firme de realizar cuanto esté en mis manos para hacerme digno del nombramiento. Porque honor es, y así lo creo, formar parte de esta prestigiosa Academia entroncada durante los dos siglos que cuenta de existencia con la vida cultural y literaria de Sevilla; y honor es también para mí verme vinculado por tradición familiar a esta Corporación, ya que algunos miembros de la familia han pertenecido y pertenecen a ella, los cuales, los más próximos a mi edad, han dejado honda huella de amor a las letras y una carga importante de sevillanismo de la que no me puedo sustraer, antes al contrario intento con la escasez de mis méritos acrecentar aún más. Cuenten desde ahora con mi modesta aportación al que es objeto principal de la Academia: cultivar las buenas letras y contribuir a ilustrar la historia de Sevilla y de la región andaluza.

Vengo a ocupar el sillón que dejara vacío el Excmo. Señor D. Luis Alarcón y de la Lastra, Conde de Gálvez y Marqués

(*) Discurso pronunciado con motivo de su ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el día 26 de mayo de 1973.

de Rende, fallecido el 19 de noviembre de 1971. Mi predecesor se ligó desde muy joven a la carrera de las armas, donde profesionalmente destacó con una brillante hoja de servicios castrenses, desde que fue promovido al empleo de teniente en 1914 y destinado para el mando de una batería en el sector de Tumat Norte, en Marruecos, distinguiéndose en las acciones de Beni Mezquit y Beni Garfet. Desde entonces sus hechos de armas se suceden hasta participar en la guerra española de 1936, en la que lleva a cabo importantes misiones militares, alcanzando los entorchados de general en 1952, y ascendiendo a general de división en 1957. Pero no sólo en el ejército tuvo destacado papel, sino también en la vida política del país. Ya antes de la guerra fue diputado a Cortes, y el 28 de marzo de 1939 nombrado gobernador civil de Madrid. En agosto de ese mismo año lo fue para ocupar la cartera de Industria y Comercio. Precisamente durante esta etapa, y gracias a su gestión, pudieron ser realidad en Sevilla importantes empresas, decisivas en aquel entonces para el desarrollo industrial de la región. Posteriormente fue durante más de veinte años Procurador en Cortes por designación directa, presidiendo la Comisión de Industria y formando parte de la Junta de Defensa. En 1946 es nombrado delegado del Gobierno en la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir, realizando en esta etapa el plan de riegos de dicha cuenca; posteriormente desempeñó actividades como consejero de la Campsa, del Banco Exterior de España, presidente del Comité de Sevilla del Banco Español de Crédito y presidente del Consejo de Administración de Algodonera Andaluza. De él dijo ese gran periodista que es Manuel Aznar: «Es un hombre que une el valor personal con la claridad de ideas, el resuelto brío con el orden, el inflexible coraje con el método y, todo ello, coronado con una no superada caballerosidad y con un patriotismo de desentrañable acendramiento». Descanse en paz el ilustre soldado y egregio sevillano.

He escogido como título para el discurso de recepción «Don Miguel Mañara y la ascética sevillana del barroco». Dos

motivos principales justifican la elección del tema. En primer lugar la atracción personal que siento por el personaje. Pocas cosas hay en la ciudad que respondan a un sentido de verdadera autenticidad como la figura del venerable siervo de Dios y la obra que deja plasmada en el Hospicio y Hospital de la Santa Caridad. Libre de los prejuicios y falsos mitos con que ha sido revestido, adentrarse por la personalidad y la obra de Mañara es quedar cautivado por una profunda admiración hacia quien supo, en un momento trascendental de su vida, dar una respuesta a los designios que le llevaban a acercarse a los pobres y menesterosos de la ciudad. La Caridad de Mañara se volcó y sigue volcándose a través de tres siglos en una labor que continúa con la misma frescura y lozanía de entonces. Entrar en el recinto de aquella casa, lejos del tráfico y ajetreo ciudadano, recorrer sus patios, galerías y salas, es, además de acercarse a una virtud fundamental, evadirse en pleno siglo XX a las más altas cimas de la espiritualidad sevillana que los años no pueden borrar, porque se levanta sobre el cimiento de una vida plenamente entregada para remedio y consuelo de los pobres. Sigue manteniéndose la Hermandad y se sigue manteniendo en Sevilla, que desde el primer momento se asombró y veneró después la figura de su creador.

En segundo lugar, estamos viviendo la década de los setenta que coincide conmemorativamente con la correspondiente a la del XVII, la más importante de Don Miguel Mañara en la Caridad. El tricentenario de la publicación del *Discurso de la Verdad*, el de la creación de las nuevas enfermerías levantadas en las antiguas atarazanas, la autorización de la jerarquía religiosa para poder officiar misa en el Hospital, el tricentenario de la inauguración del nuevo templo construido sobre la antigua ermita de San Jorge, la conmemoración también de la renovación de las Reglas de la Hermandad, el traslado de Mañara al Hospital para vivir más cerca de los acogidos, el traslado de los rosales, etc., y así hasta el próximo 1979 en que se va a conmemorar la muerte del Venerable. La Hermandad viene durante estos años recordando con di-

versos actos los hitos más importantes de su historia, pero es necesario que la ciudad tome como algo suyo y con resonancia íntima estos aniversarios. Por eso mi disertación quiere modestamente, en este sentido, evocar algunos momentos, que creo lo suficientemente significativos, de la vida de Mañara y de Sevilla, con una repercusión trascendental en la labor que poco a poco se perfila para tomar cuerpo definitivo en la gran obra que deja plasmada.

Voy a aventurar una entrada en el íntimo recinto de Don Miguel, sin perder de vista el contorno ciudadano de la época y la ideología religiosa y estética. Espiritualidad y literatura del barroco sevillano en una trágica coyuntura histórica que Mañara sintetiza como proyección hacia los demás; ocasiones habrá en que la vida de la ciudad pase por idénticos o parecidos trances, entonces debe recordarse lo que fue su respuesta liberal y sincera, para que el ejemplo sea siempre acicate de grandes empresas.

1661 es un año crucial en la vida de Don Miguel Mañara. Es el verano en Montejaque cuando muere su esposa, Doña Jerónima Carrillo. Estamos ante un hecho importante en su vida. «Este era, dirá su biógrafo Granero, el golpe definitivo con que Dios le llamaba y que había ido preparando cuidadosamente con aquella obsesionante multiplicación de ataúdes que le puso en su camino»¹, porque en los treinta y cuatro años que lleva de existencia en el mundo otras muertes, si no tan íntimas como ésta, irán golpeando en su alma como un aldabón que llama insistentemente, avisando el anuncio de que algo ha de llegar algún día. Esa fecha es el 17 de setiembre de 1661, en un paisaje agreste de sierras, de escarpados caminos, de moles pétreas y grisáceas. Un paisaje que nos hace recordar una frase de Unamuno muchos años después describiendo los picachos de la sierra de Gredos: «La

1. Granero, Jesús M.: *D. Miguel Mañara*. Sevilla. 1963, pág. 266.

revelación de Dios baja de las montañas»². Porque, efectivamente, para Mañara también se le revela Dios en un Montejaque que es como un Sinaí, con el desgarramiento de una vida íntima que se destruye ante sus ojos. Esta es pues la fecha clave en la vida de Mañara.

Atrás quedan, desde 1627, el año de su nacimiento, los episodios más significativos de su vida, los avatares diarios que fueron poco a poco dibujando la fisonomía moral y síquica que corresponde a un español culto y adinerado del siglo XVII. ¿Vale entonces hablar de conversión? «El no fue nunca un descreído... Vivió siempre con reciedumbre y convicción absoluta la fe de aquel siglo español. Ninguna vacilación sobre esto, ni en la hora de sus extravíos morales. Ni siquiera entonces abandonó tampoco las prácticas externas de una vida relativamente piadosa. Como no la abandonaba casi ningún español de entonces, si había recibido la educación que era normal en los ambientes cultos de aquel tiempo. Precisamente lo que nos sorprende en los hombres de entonces es la facilidad con que tantas veces hermanaban una fe absoluta y una piedad sincerísima y casi beata con los excesos de una vida pecadora»³.

Sin embargo, desde 1661 hasta su muerte, en 1679, se lleva a cabo la realización vital del personaje, plena y esplendorosa; es la respuesta a la luz que le ha cegado en Montejaque; con palabras tímidas y balbucientes al principio, pero con una rotundidad cada vez mayor a medida que se encauza por el camino de la ascética hacia una meta de perfección plenamente lograda y colocada en el último segundo de su existencia. No olvidemos que Don Miguel Mañara muere una antevíspera de la Ascensión, como si nos mostrara con el ejemplo de su vida, con el ejemplo de dieciocho años de vida ascética, que va a coronar en la subida hasta Dios, la etapa «unitiva» de la mística como consumación del abandono completo del alma en Dios, fenómeno que los místicos designan

2. Unamuno, M. de: *Por tierras de Portugal y España. Excursión*. Edic. de M. García Blanco. Salamanca. Anaya. Serie «Textos Españoles». 1964, pág. 84.

3. Granero, pág. 555.

audazmente con el nombre de matrimonio espiritual⁴. «Habiéndose ejercitado mucho —nos dirá el P. Cárdenas— en los misterios de la Pasión del Señor y aprendido del Maestro del Cielo las virtudes evangélicas, y caminando a largos pasos en la vida iluminativa, lo pasó Su Magestad a la contemplación de la Divinidad y a la oración de unión, a que los Maestros de espíritu llaman vía unitiva»⁵. Y no es sólo que, como dicen sus testigos, ardiera en su corazón un vivo deseo de ir a ver a Dios⁶, y que recibió la noticia y nueva de su muerte con resignación en la voluntad divina, y también con notables demostraciones de alegría⁷; sino que todo ello responde a la frase dicha al Arzobispo de Sevilla, días antes de su muerte: «estoy alegre porque me quiero morir». En el lenguaje místico digamos que la llama de Amor es Dios mismo. Cuando Dámaso Alonso comenta el poema de San Juan de la Cruz, tradicionalmente conocido por la «Llama de amor viva...», dice: «El punto de arranque imaginativo está condensado en las dos palabras que presiden al poema: *llama* y *lámparas*, el fuego, con sus dos atributos: lo abrasante y lo iluminativo, la Llama que lame y tiernamente hiere con su lamido...»⁸. Y más adelante expresa: «El alma está aún como traspasada de las llamas del amor vivido, y no desea sino que el incendio complete su obra»⁹. Así cuando está a punto de llegar el momento del vuelo, los que le conocen de cerca y son testigos fehacientes de aquellos últimos sucesos de su vida hablarán, como el P. Cárdenas, del símbolo más claro utilizado por el lenguaje de la mística. Oigámosle: «Asimismo asegura su confesor que muchas de las enfermedades que padeció se originaban del encendimiento deste amor de Dios, porque comunicándose los efectos dél a la parte inferior sensible, se le encendía la sangre o se calentaba demasadamente la cólera.

4. Cuevas, C.: *Ascética y Mística*. Madrid, La Muralla. 1972, pág. 5.

5. Cárdenas, J. de: *Breve Relación de la muerte, vida y virtudes del Venerable caballero Don Miguel Mañara Vicentelo de Leca...* Sevilla. 1950, pág. 76.

6. *Ibidem*, pág. 12.

7. *Ibidem*, pág. 15.

8. Alonso, Dámaso: *La poesía de San Juan de la Cruz. (Desde esta ladera)*. Madrid. Aguilar. Ensayistas Hispánicos. 1958, pág. 118 y sig.

9. *Ibidem*, pág. 165.

Y es muy creíble que la enfermedad de que murió se le ocasionó de los ardores deste incendio divino; porque en los días antecedentes a esta enfermedad última, era mucho más ardiente este encendimiento del amor de Dios, que le obligaba a andar continuamente con unos ansiosos deseos de ver a Dios y de ocuparse toda la eternidad en amarle»¹⁰.

Sería pues fácil encuadrar los dieciocho años que siguen desde la muerte de su esposa hasta su definitivo tránsito de este mundo, en el esquema tradicional de la ascética y mística, según las normas de espiritualidad arraigadas en nuestros escritores de los Siglos de Oro: una primera etapa que arranca desde la «purgatio», que es superada por el clima afectivo de la «iluminatio», para desembocar por último en la «unitio», es decir, la unión con Dios.

Cuando a raíz del suceso de Montejaque Mañara decide cambiar de vida, porque puede decir como otro santo español «No he de servir más a señor que pueda morir», se retirará unos días al Desierto de las Nieves, pequeño cenobio que los carmelitas descalzos tienen erigido en aquellos parajes. Allí pasará una corta temporada al final de la cual prepara una sincera confesión general como punto de partida para comenzar (*estando ya mi casa sosegada*) el camino ascendente de una espiritualidad cada vez más intensa. Es ahora, a partir de este momento, cuando Don Miguel va a iniciar su camino hacia Dios; camino lleno de terribles peripecias que son salvadas únicamente porque le guía una sola idea que es la base de su espiritualidad: «Dios y el mundo no caben».

Dios y el mundo. Las dos palabras claves en el engranaje de la evolución y desarrollo de su espíritu hacia la perfección vital. Darse a Dios y a las criaturas en una arraigada «ciencia de amor», según la explicación de San Pablo, que Hatzfeld¹¹ conecta a través del tiempo por Raimundo Lulio, Francisco de Osuna y San Juan de la Cruz, para que Mañara la plasme en el artículo II de las Reglas de la Caridad, cuan-

10. Cárdenas, pág. 63.

11. Hatzfeld, Helmut: *Estudios literarios sobre mística española*, Madrid, Gredos. Biblioteca Románica Hispánica. 1968, pág. 44 y sig.

do dice: «Nuestro intento es sólo despertar la caridad ardentísima de Dios y del prójimo en nuestros corazones, inflamándolos en el amor de nuestro Criador, de suerte que cumplamos con el primer precepto de su ley santísima, en que nos manda le amemos de todo nuestro corazón, de toda nuestra ánima y de todo nuestro entendimiento»¹². Ese despertar al amor de Dios y al prójimo en el corazón se consigue con la oración. El P. Granero se pregunta si Mañara llegó en su oración a la cumbre de los dones infusos y aduce el testimonio de los que declararon en el proceso hecho en justificación de la vida y heroicidad del venerable siervo de Dios; así don Juan Santos dirá que «le levantó Dios a un grado altísimo de oración, en que contemplaba la Divinidad; y en ella todas las cosas, mirando aquel Sumo Bien como fuente de donde se deriva todo lo bueno, con una vista sencilla, suave y quieta y amorosa, sin discurso, ni ruido de potencias»¹³.

Pero Mañara está colocado en un momento muy significativo del pensamiento religioso español. Es el período que Sáinz Rodríguez¹⁴ llama de decadencia o de compilación doctrinal y que llega hasta mediados del siglo XVII, en que agotada la potencia creativa que proporcionaban las experiencias místicas personales, los tratadistas se limitan al análisis y sistematización de la doctrina acumulada en el período anterior, período de aportación y producción nacional, y a la que se somete a un fuerte proceso de teologización¹⁵. Es el momento en el que el espíritu religioso que había dado vida a la espléndida literatura de espiritualidad de la centuria anterior se diluye en las desengañadas concepciones del Barroco. En esta etapa hay que destacar, porque tendrá importantes resonancias en el espíritu de Mañara, un libro significativo de espiritualidad, perfectamente encajado en la mentalidad del

12. *Regla de la Muy Humilde y Real Hermandad de la Santa Caridad...* Reimpresión en Sevilla. 1868, Capítulo II, pág. 7.

13. Cit. por Granero, pág. 584 y sig.

14. Sáinz Rodríguez, P.: *Introducción a la historia de la literatura mística en España*. Madrid. 1927, pág. 218 y sig.

15. Cuevas, pág. 14.

momento, es *La diferencia entre lo temporal y lo eterno*, publicado en 1640 por el P. Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús. Es un libro que leyó, y nos imaginamos que con fruición, el fundador de la Hermandad de la Caridad, porque «establece como base de la perfección la conformidad con la voluntad de Dios, y como principio de actuación práctica la idea de instrumentalidad esencial de lo temporal y lo finito»¹⁶. ¡Cómo nos recuerdan tantos escritos y tantos consejos de Don Miguel Mañara esta frase del P. Nieremberg!: «Toda la felicidad de esta vida es un engaño y ficción, y no verdadera dicha, sino apariencia de dicha: sus bienes no son verdaderos bienes, sino sombra de bienes... porque la sombra no es cuerpo, sino apariencia de cuerpo y aunque parece algo, es nada»¹⁷. Diríamos entonces que Mañara distingue radicalmente entre Dios y el mundo y que precisamente por un acto de plena conciencia de la realidad que le circunda, decide llegar a Dios dándole un sentido trascendente al mundo, volcándose en las criaturas.

No fue fácil tomar esta decisión. El conde de Villanueva¹⁸ nos cuenta que Mañara salió de las Nieves con la resolución definitiva de abandonar la vida mundana y consagrarse del todo al servicio de Dios. Va a vivir meses, los del invierno del 61 y primavera del 62, de incertidumbre antes de dar una solución definitiva a su vida. Sabemos de un Mañara en este tiempo resuelto a hacer un cambio completo, pero confuso y sin saber qué resolución tomar. El testimonio del P. Cárdenas es elocuente: «el Señor asistía al entendimiento de Don Miguel son singulares ilustraciones, dándole a conocer con grande claridad la brevedad de la vida, la certidumbre de la muerte, la vanidad de las glorias de este mundo, el yerro de los mortales, que siéndolo, viven con tan grande descuido como si no hubieran de morir o como si tuvieran segura la felicidad eterna, sin poner los medios convenientes para ase-

16. Ibidem, pág. 50.

17. Nieremberg, J. E.: *La diferencia entre lo temporal y lo eterno*. Madrid. BAE. 1957, tomo CIV, pág. 156.

18. Cit. por Granero, pág. 280.

gurarla y conseguirla»¹⁹. En abril de 1662 está viviendo otra vez en Sevilla negado ya a todo lo que el mundo pudiera ofrecerle, retirado de la vida fácil que hasta entonces ha llevado; y buscará la soledad en la Cartuja de las Cuevas o en el convento de franciscanos recoletos de San Pablo de la Breña, a nueve leguas de Sevilla, en término de Morón; y hablará íntimamente con el mercedario descalzo del convento de San José, Fray Juan de la Presentación, de quien recibirá consejos. ¡Cómo no recordar los versos de la *Noche oscura del alma*, de San Juan de la Cruz, en esta tesitura síquica de Mañara cuando está a punto de iniciar el camino ascendente de la perfección!:

*A escuras y segura,
por la secreta escala disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a escuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada*²⁰.

La «secreta escala» que la Providencia tiende a Don Miguel Mañara está en Sevilla, a orillas del Guadalquivir, en el sitio de las Atarazanas reales y es una tarde calurosa de verano como *con ansias de amores inflamada*. Dejemos al biógrafo que nos lo narre: «A mediados de agosto, paseaba una tarde por la orilla del río y llegó hasta la ermita de San Jorge, donde la Hermandad de la Santa Caridad tenía de ordinario sus Cabildos. Algunos de sus miembros conversaban a la puerta. Eran Luis de Acosta, Francisco de Hoya, Don Pedro de Ochoa, Juan de Novoa, Antonio Velasco y el Hermano Mayor, Don Diego de Mirafuentes, que había sido almirante en las ruta de las Indias. Todos acogieron al enlutado paseante con extremada cortesía y con esas muestras de condolencia que siempre imponen las grandes desgracias. Don Miguel se interesó por los ejercicios en que se ocupaba la Hermandad. Pocos días después llegaba al Hermano Mayor un billete que decía

19. Cárdenas, pág. 16.

20. Cruz, San Juan de la: *Noche oscura del Alma* en *Obras Completas*. Madrid. Editorial Apostolado de la Prensa. 1966, pág. 388.

así: «Don Miguel Mañara, caballero del hábito de Calatrava, digo que yo tengo particular devoción de ser hermano de esta Santa Hermandad de la Caridad de mi Señor Jesucristo, por gozar de las muchas gracias que se goza. Suplico a v. m. me admita por tal hermano, en conformidad del capítulo que se contiene en la regla de la Hermandad, que en ello recibiré merced...»²¹. Cuando el día 8 de setiembre de 1662 esta petición se presenta en el cabildo de la Hermandad, podemos decir que ha comenzado a operarse la gran realización personal de Mañara y por ello la más importante realización también de la vida ascética sevillana. Porque desde entonces la ciudad va vibrar con un nombre y una obra.

¿Qué determinación le mueve a Mañara a tomar ese camino?

Sorprendentemente el impulso vital que le lleva a Mañara a una afanosa elaboración de sus ideales y a la actividad desenfrenada de la caridad, coincide con un período histórico en la vida del país, dentro del siglo XVII, que José Luis Comellas ha estructurado como «decadencia de España», que iría desde 1648 a 1665, y se va a caracterizar por la derrota militar, la despoblación del territorio, la ruina del país y la pérdida de la fe en los ideales²². A esta etapa le seguirá hasta ultimar el siglo, el final de la España de los Austrias. «España, desengañada, vuelve la espalda a los valores por los que antes se había sacrificado, o, cuando menos, no estima que su defensa valga la pena»²³. Fuerte nota de pesimismo que resalta Comellas y que viene a darnos, desde la mitad del siglo, el «resultado y expresión de una profunda crisis espiritual y moral desencadenada por la descomposición de la síntesis de valores renacentistas y por la búsqueda de una nueva síntesis»²⁴. Ahora «se desarrolla en los espíritus una concepción angustiosa del tiempo, el tiempo como fuga, diso-

21. Granero, pág. 284 y sig.

22. Cfr. Comellas García-Llera, J. L.: *Historia de España Moderna y Contemporánea*. Madrid. Rialp. 1967, págs. 247-261.

23. Comellas, pág. 263.

24. Aguiar e Silva, V. M.: *Teoría de la Literatura*. Madrid. Gredos. Biblioteca Románica Hispánica. 1972, pág. 281.

lución y muerte; el hombre, sabiéndose simultáneamente grande y miserable, ángel y bestia, eterno y transitorio, siente el terror pascaliano de saberse suspendido entre dos abismos, el infinito y la nada... Las antítesis violentas, la tensión de las almas, el sentimiento de la inestabilidad de lo real, la lucha entre lo profano y lo sagrado, entre el espíritu y la carne, entre lo humano y lo divino, son aspectos diversos de esa crisis multiforme, religiosa, estética, filosófica, etc.»²⁵.

Todas las múltiples facetas de la situación nacional por los años en que se consuma la decadencia, tienen su repercusión, como es lógico, en la vida de cualquier ciudad española. En Sevilla la resonancia no ha de ser menos; mucho más acusada si cabe por la situación y el papel desempeñado en la política ultramarina del Imperio desde los años del descubrimiento de América. ¡Qué lejos ya la apreciación de un viajero notable, como Lucio Marineo Sículo cuando describe —permítidme la amplitud de la cita— a la ciudad en la primera mitad del siglo XVI!: «Es Sevilla ciudad muy grande, muy noble, muy abundante de todas cosas (y si no me engaño), la más apacible, para quien tiene en ella que comer, que ninguna otra de España. Tiene gran sitio en forma redonda y de muy hermosa vista. Tiene muy buena cerca con sus torres. Tiene muchos y gentiles templos y muy honrada clerecía. Tiene muchos caballeros y grandes señores. Es muy poblada y tiene gran número de ciudadanos, tiene casas muchas e insignes, tiene muy alegres calles y muchas plazas, tiene muy deleitosas huertas, vergeles y de todas maneras de frutas. Tiene palacios muy grandes y muy hermosos. Tiene muy alegres salidas y campos muy fértiles. Es rica, de muchos olivares y gran copia de aceite. Es muy rica por los tratos que tiene por mar y tierra. Es muy adornada de oficios mecánicos y artes liberales. Es más rica con el río Guadalquivir, en el cual se hallan de continuo muchas naos que traen y llevan provisiones»²⁶. Provisiones expuestas en las gradas de la Catedral, cuya riqueza le hará exclamar a Torres Naharro:

25. *Ibidem*, pág. 282.

26. *Cosas Memorables de España*. Alcalá de Henares, 1533, fol. 152 vto. (Cit. por Montoto, S.: *Sevilla en el Imperio*. Sevilla, 1938, pág. 9 y sig.).

*Un templo de majestad
sin segundo,
un Guadalquivir jocundo,
y un gran campo de Tablada;
y unas Gradadas, que una grada
vale más que todo el mundo*²⁷.

Pero así como el profesor Márquez Villanueva ha visto en el Lazarillo de Tormes la «vida de un gusanillo que carcome implacable el entramado, exteriormente sólido, de la España imperial y que expone a la luz del sol sus entrañas podridas»²⁸, yo diría que el *Guzmán del Alfarache*, terminado en 1597 y publicado dos años más tarde, viene a ser la polilla que también muestra al exterior los síntomas ruinosos de una sociedad como la sevillana, casi al comenzar el siglo XVII, que Mateo Alemán por boca del pícaro denuncia y testimonia con su novela, porque al autor le duele la ciudad, se siente incómodo en ella, hasta abandonarla. Ante el mundo de la pobreza y de los desvalidos Mateo Alemán ya asume la actitud de un reformista, hasta el punto que Edmond Cros ha llegado a localizar en la novela tres fundamentales caracterizaciones muy significativas: 1. Un campo de gravitación, el universo de la miseria y de los mendigos. 2. Una visión diforma, que distingue lo fingido de lo verdadero. Y 3. El imperio de dos valores, la justicia «castigar los ladrones y extraños que les usurpan la limosna») y la misericordia («amparar los verdaderos como a hijos») ²⁹. No perdamos nunca de vista que el narrador subtítulo la vida de Guzmán de Alfarache «atalaya de la vida humana»; es decir, cualquier eminencia o altura para registrar desde ella el panorama y dar aviso de lo que se descubre. El escritor sevillano al comenzar el siglo XVII ya se propone «avisar» de una situación, de poner en guardia ante unos peligros, de iniciar, en fin, una literatura eminentemente barroca.

27. *Propaladía de...* Bartolomé Torres Naharro. Sevilla. Andrés de Burgos. 1545.

28. *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*. Madrid. Alfaguara. 1968, p. 69.

29. Mateo Alemán: *Introducción a su vida y a su obra*. Salamanca. Anaya. 1971, pág. 96 y sig.

La Sevilla que conoce Mañara ya no es ni sombra de la que antes nos describía Lucio Marineo Sículo. Desde 1637, por ejemplo, el empobrecimiento era cada vez mayor e irremediable: los historiadores de la ciudad registran ese año la llegada de Bartolomé Morguecho, expresamente enviado por el Conde Duque de Olivares para negociar con la Universidad de Cargadores un empréstito de 800.000 ducados, porque «dado el aprieto en que se hallan las cosas de esta monarquía... no acudiendo a su reparo, amenaza total ruina»³⁰; por esas fechas la despoblación era ya alarmante; la agricultura estaba falta de brazos y cargada de impuestos; existían motivos más que suficientes que acusaban una paralización del comercio, debido a las guerras que el país sostenía por entonces; el peligro de los corsarios que dificultaban la carrera de las Indias hacía que las flotas se retrasasen más de lo previsto; las sublevaciones de Portugal y Cataluña repercutían en la ciudad. A ello hay que añadir las periódicas inundaciones que sufría Sevilla, con la secuela de damnificados que a duras penas había que socorrer, y las epidemias de peste que tantas víctimas dejaban a su paso. Era, pues, el azote de la desgracia cebándose continuamente sobre Sevilla.

Los biógrafos de Mañara no ponen excesivo énfasis en unos años que debieron suministrarle un conocimiento muy directo de la situación real por la que pasaba Sevilla. Desde los primeros meses de 1651 y por real cédula Mañara es nombrado Provincial y juez ejecutor de la Santa Hermandad, oficio que estaba vinculado a los bienes de su mayorazgo, cargo que ya había desempeñado, aunque por poco tiempo, su hermano Juan Antonio hasta su muerte. Bien es verdad que en esta ocasión el Cabildo de la ciudad había conseguido suprimir todas las preeminencias innerentes a él, que juzgaban contrarias a los privilegios de la ciudad y a los derechos de otros empleos. En dicho año, Don Miguel Mañara, previo juramento, entró a formar parte del Cabildo, con vara y espada. «El provincial de la Hermandad se sentaba en el banco lla-

30. Guichot, Joaquín: *Historia del Excelentísimo Ayuntamiento...* Sevilla, 1897, tomo II, pág. 230 y sig.

mado de la justicia, que presidía el asistente. A la derecha de la presidencia se colocaban el alguacil mayor, el alcaide de los reales alcázares y el escribano mayor de sacas; a la izquierda el alférez mayor, los ocho alcaldes mayores y el provincial de la Hermandad, según orden de antigüedad en sus oficios»³¹. El resto del Cabildo lo componían los veinticuatro y jurados. Este oficio lo desempeña Mañara hasta el año de su renuncia en 1667, a los cuatro años de haber sido nombrado Hermano Mayor de la Santa Caridad, cuando está entregado de lleno a una obra de misericordia en la que definitivamente ha encauzado su vida.

Sin embargo, aunque los historiadores apenas registran intervenciones de Mañara en el Cabildo, son dieciséis años en contacto directo con la realidad cruda y diaria de la ciudad, con sus problemas y terribles vicisitudes por las que está atravesando. Mañara conoce de cerca toda la problemática sevillana desde su asiento en el Cabildo y los hechos y actuaciones de los regidores de la ciudad tienen que dejar honda huella en su espíritu. En su interior hombre, que aun no conoce el camino en el que va a desembocar años más tarde cuando se inicie la ascensión por la escala de la ascética hacia una vida de perfección cristiana, tienen que hacer indudable mella ciertos sucesos que vive muy cerca. Mañara debe estar presente, por el cargo que ocupa en la ciudad, en el famoso auto de fe del 13 de abril de 1660, en el que fueron sentenciados a diversas penas cincuenta y nueve reos en persona y treinta en estatua; fue aquel acontecimiento, al decir del cronista, «el más lustroso acto que han admirado los pasados y presentes siglos y con dificultad podrán admirar los futuros»³² y no exagera a juzgar por la descripción del boato y magnificencia que la ciudad dispensó a dicho acto, empleando grandes caudales y cuantiosas sumas para el mayor esplendor del acontecimiento. ¿Sería arriesgado pensar que por entre aquel

31. Cfr. Ortiz de Zúñiga, Diego: *Anales Eclesiásticos y Seculares de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Sevilla...* Madrid, 1796, tomo IV, pág. 526.

32. *Relación de la majestuosa pompa y religioso culto, con que en la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla se celebró auto general de fe, el martes día 13 de abril del año 1660...* (Biblioteca Colombina de Sevilla, Papeles varios, tomo 29, fols. 1-29).

suntuoso desfile de los familiares del Santo Oficio, autoridades, jerarquías, el cortejo, en fin, de hábitos regulares, libreas de alabarderos, joyas de caballeros y vistosos uniformes de la veinte compañías de las milicias sevillanas con dos mil soldados, sería arriesgado, digo, que los ojos de Mañara se posaran con un titubeante dejo de piedad en los siete reos que iban a ser ajusticiados y llevados después al quemadero de Tablada? ¿Qué relación íntima existirá años más tarde con este suceso cuando la sensibilidad de Mañara se ejercite en la asistencia que la Hermandad de la Caridad dispone para los ajusticiados? No creo que sean años baldíos ni de superflua vanidad social los que consume en el cargo de Provincial de la Santa Hermandad, sino más bien de adquisición de experiencias personales que cuando llegue el momento desembocarán en el ímpetu no contenido de su entrega a los que padecen.

Algo parecido va a ocurrirle al año de haber tomado posesión de su cargo en el cabildo de la ciudad, permitiéndole conocer de cerca los sucesos del motín del barrio de la Feria en mayo de 1652. La carestía de la vida iba en aumento, agravada desde el año anterior en que se había producido una deficiente cosecha. Había hambre en la ciudad y las medidas políticas que se venían tomando no conducían a ningún remedio, antes al contrario, creaban un clima de recelo y suspicacia que pronto tomó caracteres alarmantes, como la nueva pragmática que alteraba fundamentalmente otra vez el valor de la moneda y que afectaba, como era lógico, a las industrias de la ciudad, registrándose en los *Anales* de Ortiz de Zúñiga la cifra de dos mil personas en paro forzoso.

El clima hostil que se respiraba en la ciudad alcanzó su punto cumbre el miércoles 22 de mayo de aquel año, en que los vecinos del barrio de la Feria se amotinaron, y al grito de «¡Viva el Rey y muera el mal gobierno!» se extendieron por toda la ciudad, cometiendo toda clase de atropellos. En vano las autoridades de Sevilla pudieron sofocar la rebelión hasta pasados cuatro días. «Fueron los caballeros de la ciudad quienes tomaron la iniciativa de congregarse y armarse y re-

partirse por las collaciones para defenderlas, y también sus personas y sus casas, dado que la rebelión se mantenía y amenazaba con mayores tragedias. Formaron, en efecto, sus cuerpos de guardia permanentes, organizaron la distribución de fuerzas, custodiaron las puertas de la ciudad, se repartieron en rondas y hasta formaron un cuerpo de caballería con más de trescientos caballeros, cuyo puesto de mando se instaló en el palacio del Duque de Medina-Sidonia»³³. Así pudo ser aplastada la revuelta. Felipe IV escribió a la ciudad «mostrando su agradecimiento a cuantos habían participado en orden a la quietud de estos movimientos y se congratulaba con la nobleza toda y cabezas principales de esa ciudad por lo que habían obrado en materia tan propia de sus obligaciones y tan conforme a lo que en todo tiempo se ha experimentado en servicio de mi corona»³⁴. Poco tiempo después, y con motivo de este levantamiento, Sor María de Agreda le escribía al Rey: «Suplico a vuestra Majestad, por amor de Dios, que lo menos que se pueda se innoven cosas y se evite la opresión de los pobres, porque afligidos no se alboroten»³⁵.

Sorprende que en la relación de nombres de caballeros que se aprestan a reprimir la sublevación falte el de Don Miguel de Mañara. El P. Granero hace cábalas en torno a esta sospechosa ausencia y aventura la hipótesis, tal vez fundada, de que por aquellas fechas el Provincial de la Santa Hermandad se ocupaba en los cuidados de su madre gravemente enferma. Pero es innegable que un suceso que revistió la gravedad que hemos someramente descrito pasara desapercibido por su ánimo.

Tenemos, pues, motivos más que suficientes para creer que cuando años más tarde Mañara se vuelca de lleno en favor de los menesterosos, aunando su voluntad a los demás miembros de la Hermandad, espoleándolos con su celo caritativo, tiene el Hermano Mayor de aquella Casa un conocimiento

33. Granero, pág. 235. (Glosa los acontecimientos narrados por el *Diario exacto de la sublevación de alguna plebe...*).

34. Granero, pág. 236.

35. Silvela, F.: *Cartas de la Venerable Madre Sor María de Agreda y del Señor Rey Dón Felipe IV*. Madrid. 1885-86, tomo II, pág. 158.

pleno de la realidad social sevillana, aprendida y vivida en años anteriores, cuando no sospechaba ni remotamente cuáles iban a ser los designios de Dios para el futuro. Y ello lo conoce ahora, oscuramente, sin participar de una forma activa, pero los hechos que percibe deben quedar grabados con fuerza en su espíritu, para realizarse después. No hay más que hojear las actas de los cabildos de la Hermandad de la Caridad para comprobar que desde su elección para el cargo de Hermano Mayor, la Hermandad está atenta siempre para volcarse en ayuda de los necesitados ante cualquier calamidad pública, en las épocas de inundaciones del Guadalquivir, con motivo de las epidemias, en los momentos de escasez, en la ayuda a pobres vergonzantes, a las comunidades pobres de clausura, etc. Como dice Cárdenas «repartiendo camisas y vestidos, cuyo número solía pasar de tres mil; otras veces lo daba en pan amasado, repartiendo por todas las Parroquias de Sevilla, y otras veces en dinero; fuera de otras limosnas particulares que hacía, cuando sabía necesidades particulares. Demás desto fueron muchos los dotes que dio en doncellas pobres para entrar en Religión»³⁶. Mañara no desaprovecha ocasión alguna para acudir a las necesidades más apremiantes de la ciudad, porque, como se dice en el capítulo II de las Reglas de la Hermandad, «sirviendo a Dios en sus pobres, haremos obras inmortales en el tiempo breve de esta miserable vida en que somos viadores; donde saliendo de ella humildes, seremos sabios; y saliendo limosneros, seremos ricos y en felicidad eterna viviremos en la casa de Israel con el Señor, Dios nuestro, en quien sólo confiamos...»³⁷.

En «el tiempo breve de esta miserable vida», acaba de decir Mañara en las Reglas. Y su expresión, que responde a una fuerte contextura religiosa, desemboca en la concepción tradicional de una mentalidad hondamente arraigada en la época. «El tema de la fugacidad, de la ilusión de la vida y de las cosas mundanas, ocupa un lugar central en la literatura barroca. Las motivaciones religiosas de este tema son bien

36. Cárdenas, pág. 32.

37. *Reglas...*, cap. II, pág. 14.

evidentes: se trata de recordar al hombre que todo es vano y efímero sobre la tierra, que la vida carnal es un tránsito, y que es necesario buscar una realidad suprema exenta de mentira y de imperfección»³⁸. Un testigo tan cerca de Mañara, el ya citado P. Cárdenas, nos dice que: «En sus conversaciones ordinarias se reconocía esto cada día, porque hablaba con gran desprecio de las riquezas y de las vanas ostentaciones de los ricos, diciendo que eran cosas fantásticas y ridículas; que era escoria, estiércol y basura, y les daba otros renombres semejantes; y lo decía con tanta fuerza de espíritu que se echaba de ver que procedían aquellas razones de la grande luz que nuestro Señor le comunicaba»³⁹. Aquí está el tema del «Desengaño» en los comienzos de la vida ascética de Mañara; y por eso el *Discurso de la Verdad*, que tiene terminado en 1671, es una obra de aviso y lección de desengaño que está recordando continuamente en la fugacidad de la vida y su mudanza. Mañara insiste una y otra vez, con un ritmo creciente de intensidad, en la poca estimación que merecen las cosas del mundo y lo que importa es no alargar la conversión; así este aviso moral no tendría sentido y sería infecundo si el hombre no se decide a cambiar de vida.

Para reconocer los principios que guiaron la vida espiritual de Mañara, hay que tantear desde el comienzo tres notas muy características que se traban íntimamente entre sí: la fugacidad de la vida, el desprecio ostentoso de las vanidades humanas y la muerte. Bien arraigadas estas tres ideas en el corazón del hombre, pondrá a su consideración diversas prácticas y ejercicios que tienden a desarrollar la plenitud de una vida espiritual de perfección cristiana. Y queda, por último, la consiguiente evolución para lograr las más altas cimas espirituales que el hombre con la Gracia puede coronar.

El plan está perfectamente trazado y creo que responde a una actitud táctica premeditada. Para la etapa inicial Mañara escribe el *Discurso de la Verdad* con arreglo a una doble disposición estratégica: «en la primera parte invita al lector a

38. Aguiar, pág. 287.

39. Cárdenas, pág. 110 y sig.

una reflexión profunda sobre la muerte, hasta llevarle al desencanto; y luego, en la segunda, tras una reiterada invitación a una visión intuitiva contemplativa, de estas dos realidades: de la bandera, del ejército y del monte de Cristo y de la bandera, el ejército y monte de Babilonia, pone al alma en trance de elegir, seguro de que, ante esta alternativa la voluntad libre se inclinará por Cristo»⁴⁰; y poco más tarde, cuatro años después del *Discurso*, en la segunda etapa prevee la elaboración de unas nuevas Reglas para la Hermandad, que son aprobadas en 1675, y en las que se condensa el espíritu de caridad que animaba a la primitiva hermandad, ahora con el sello personalísimo que Mañara le imprime desde que se vincula a ella: el desprecio y aborrecimiento de sí mismo y la entrega a los necesitados, con esa frase que pronto se hará tradicional en la Casa, «nuestros amos y señores los pobres», de forma que la caridad que Mañara intenta imbuir en sus hermanos se caracteriza por una fuerte carga de autenticidad; como dice Granero: «Mañara no ve a los pobres y enfermos con ojos naturales, sino con los ojos iluminados de la fe. Y por eso sale de su corazón la caridad más auténtica y la más eficiente y desinteresada. Se entrega a los miserables con el mismo respeto y devoción con que se entregaría a Jesucristo en persona. Recibe a los pobres en sus brazos y les besa la mano y les lava los pies y les sirve de rodillas. Así lo hace él y así enseña a los demás»⁴¹.

En una reciente disertación de Monseñor Castán Lacoma, obispo de Sigüenza, con motivo de conmemorar la Hermandad de la Caridad el tricentenario del *Discurso de la Verdad*, analiza las que pueden ser fuentes, tanto espirituales como literarias, del breve tratado que sale de su pluma: semejanzas y contrastes con la escuela ignaciana, puntos de contacto con la escuela carmelitana, etc., y hace además hincapié en dos temas de honda raigambre literaria, la vida en su corriente

40. Castán, Monseñor Laureano: *Homenaje al Venerable Siervo de Dios don Miguel Mañara Vicentelo de Leca, fundador del Hospital y Hospicio de la Santa Caridad, de Sevilla, con motivo del tricentenario de la primera edición del «Discurso de la Verdad»*. Sevilla, 1972, pág. 11.

41. Granero, pág. 578.

fluir comparada con los ríos que van a dar al mar, «que es el morir», cuando expresa: «Son nuestros días como las aguas de los ríos que nunca vuelven atrás, y así son irrecuperables; pasaron y con ellos nuestras obras»⁴²; y el tema que compara la vida humana con el gran teatro del mundo, del que hay también alusiones en el *Discurso*, idea ya muy arraigada en la literatura y por aquellas fechas además extendida en la expresión común de las gentes.

Sin embargo, gran parte de la expresión de esa espiritualidad de Mañara está dicha y se va a decir por esos mismos años en los poetas sevillanos del barroco, en los que los temas ascético-morales vienen a ser vivencias líricas con rasgos bastantes acusados que bien pudieran rastrearse desde la Edad Media, tanto el tema de la fugacidad del tiempo, como el de la muerte ordenadora y compañera de la vida, aceptada como realidad, *con voluntad placentera*. «El hombre del siglo XVII es también hombre de fe; pero ésta es menos trascendente, el corazón está más ligado a la tierra, a su propio ser, a sus vivas angustias y aconteceres. Ha cambiado el rumbo y se enfocan las mismas realidades de otra manera. Ha cambiado la actitud del hombre»⁴³.

Pesimismo y desaliento son dos notas barrocas en los poetas sevillanos del XVII. Ya Juan de Arguijo, que muere en 1623, avisa lo que puede acontecer con el orgullo humano, cuando en el soneto «A los gigantes que combatieron el cielo», termina: *Porque la tierra advierta temerosa / como de la soberbia en su ruina / no resta sino el humo por aviso*⁴⁴. O cuando evoca la ciudad de Troya, resaltando la fuerza inexorable aunque inconstante de la fortuna, entra en el tema del «sic transit gloria mundi» al de las ruinas:

*Cayó mi gloria, y de su antiguo lustre
sólo ha quedado, ¡oh miserable suerte!,
cenizas viles y afrentoso llanto*⁴⁵.

42. *Discurso de la Verdad*. Sevilla. 1961, pág. 9.

43. Fernández Alonso, M.^a del Pilar: *Una visión de la muerte en la lírica española. La muerte como amada*. Madrid. Gredos. Biblioteca Románica Hispánica. 1972, pág. 160.

44. Arguijo, Juan de: *Obra poética*. Madrid. Castalia. 1972, pág. 47.

45. *Ibidem*, pág. 141.

Todo desapareció: cambió la suerte, lamentará Rodrigo Caro ante la contemplación de las ruinas de Itálica, como motivo para cantar la caducidad de lo terreno:

*emulación ayer de las edades,
hoy cenizas, hoy vastas soledades,
que no os respetó el hado, no la muerte,
¡ay! ni por sabia a ti, ni a ti por fuerte*⁴⁶.

Brevedad de la vida e inestabilidad de la fortuna en Rioja; en las silvas a las flores «el poeta aprovecha la fugacidad de su hermosura para elevarla a símbolo de lo caduco de la vida y de la gloria humanas»⁴⁷, y así expresa su contenida tristeza cuando contempla la fugaz presencia de la arbolera: *¡Tan poco se desvía / de tu nacer la muerte arrebatada!*⁴⁸. Hay ya aquí débiles notas que nos acercan a la visión macabra que caracteriza la visión de la Muerte en el clima más denso del barroco: «muerte arrebatada», «despojo», «tierra dura», *de pesadumbre tan ilustre y rara / cubre yerba y silencio y horror vano* dirá en otros poemas Rioja, más cerca del léxico que Mañara emplea en el *Discurso de la Verdad*, donde, por lo menos en la primera parte, son frecuentes las reiteraciones como éstas: muerte, mortal, mortaja, amortajar, calavera, sepulcro, sepultura, bóveda, gusano, hueso, ceniza, etc.

Es fácil rastrear por los versos de Jáuregui, Juan de Salinas, el P. Pedro de Quirós, es decir, por los poetas más preeminentes de Sevilla en el siglo XVII la huella de una preocupación por los temas del desengaño, desprecio del mundo, de la muerte como expresión suprema de la condición efímera; temas todos ellos en los que apenas existe, aunque sea desesperadamente, un anhelo por gozar de la vida que huye, de aprovechar el día de la existencia, recuerdo aún del tópico clásico «carpe diem» tan utilizado en el siglo anterior,

46. Caro, Rodrigo, pág. 246. (Cito por la Antología de J. M. Blecua: *Floresta de lírica española*. Madrid. Gredos. Antología Hispánica. 1968, vol. I).

47. Alborg, Juan Luis: *Historia de la Literatura Española*. Madrid. Gredos. 1967, tomo II, pág. 572.

48. BAE, XXXII, tomo I, pág. 382.

sino una resignada aceptación de la adversidad, acento de ética senequista, que matiza con uniformidad la voz de los poetas sevillanos de ese momento.

Voz poética que culmina en la *Epístola moral a Fabio*. Diría que en ella se aunan, en síntesis apretada, los temas más llamativos que han venido reiterándose en los poetas antes citados: los tópicos que proceden de Horacio y Séneca. ¡Qué maravilla el uso del tópico «aurea mediocritas!», cuando el poeta aspira a

*Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve
que no perturben deudas ni pesares*⁴⁹,

o más adelante, cuando anhela

*Una mediana vida yo posea,
un estilo común y moderado,
que no le note nadie que le vea*⁵⁰,

que sorprende aún más por la tesitura síquica en que se encuentra el español de la segunda mitad del siglo XVII para desear ya un oscuro rincón y qué lección de desengaño llevan implícitos los versos!; y junto a los tópicos tradicionales, el desprecio de las ambiciones, fundamentalmente de las formas habituales para conseguir las:

*Aquel entre los héroes es contado
que el premio mereció, no quien le alcanza
por vanas consecuencias del estado*⁵¹;

la reflexión sobre la fugacidad del tiempo y lo efímeras que son las glorias del mundo, en la expresión que recuerda el «ubi sunt», como martilleando sobre el lector para convencerle a fuerza de golpes:

49. Estr. 43, pág. 279 (cito por la Antología de Blecua).

50. Estr. 58, pág. 280.

51. Estr. 8, pág. 276.

*¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
do apenas sale el sol, cuando se pierde
en las tirieblas de la noche fría?*

*¿Qué más que el heno, a la mañana verde,
seco a la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
¿Será que de este sueño se recuerde? ⁵².*

Y como presidiendo todo el poema, el eje central del mismo, la muerte. La muerte como compañera silenciosa de la vida, *cauta muerte, unida... al simple vivir mío?*, muerte callada y silenciosa, como una consecuencia de la templanza que ha venido exhortando:

*Sin la templanza ¿viste tú perfecta
alguna cosa? ¡Oh muerte!, ven callada,
como sueles venir en la saeta... ⁵³.*

Hay en los versos de la *Epístola moral a Fabio* una gran lección que enseña a saber morir y que sigue a la cruda lección de desengaño de las ilusiones del mundo y de la efímera caducidad de lo terreno; proceso que se asemeja a la ideología de Mañara, en quien «la muerte empezó por enseñarle el desengaño de las cosas transitorias de la vida, pero no le retuvo en eso. Todo tiene la brevedad de una representación de comedia que dura una tarde. Acabada la función, que es también ficción, empieza la realidad del más allá que nunca acaba» ⁵⁴. Es la vida de la Verdad, en definitiva, perdurable, a la que Mañara quiere arrastrar con toda la fuerza desgarrada del ejemplo de su vida y de su pluma.

He querido recordar con admiración la figura de un sevillano insigne que, despojado de los mitos y falsas leyendas que a lo largo del tiempo se le han venido atribuyendo,

52. Estr. 23 y 24, pág. 277.

53. Estr. 61, pág. 280.

54. Granero, pág. 558.

responde con su vida y obra a la situación que Sevilla tiene planteada en un momento tristísimo de su historia. Un hecho imprevisto de su vida, la muerte de su esposa, le detiene en el camino de su intensa vida y cuando decide, aborrecidas las vanidades del mundo, buscar la senda que le lleva a la llamada de los altos designios de Dios, toma por el camino de la ciudad, volcándose con impulso vehemente, para dedicarse de lleno a la caridad con el prójimo, por el que, en definitiva, entrega su vida. ¡Gran lección la de Mañara, cuyo recuerdo siempre reverdecido desde entonces, como sus rosales, se mantiene en la ciudad! Cuando García Lorca resaltaba la figura de Quevedo en el clima ideológico y literario del siglo XVII, como síntesis del «desgarrón afectivo» en la España del barroco, decía textualmente: «Quevedo es España». Yo diría en esta ocasión, sin ningún alarde imaginativo, que Mañara es Sevilla, porque sintetiza asimismo la lucha íntima y consigo misma de su alma y la de la ciudad, por dar una respuesta trascendente a los valores del espíritu. Lección ascética y moral del vitalismo humano que podríamos resumir con los versos finales de un soneto que tradicionalmente se le atribuye:

*Luego el vivir es una amarga muerte;
Luego el morir es una dulce vida.*

DISCURSO DE CONTESTACION

El discurso que acabamos de oír, contando con su profundo contenido humano, es, al mismo tiempo, una hermosa lección de literatura. Pues Miguel Mañara nos atrae porque es un hombre controvertido en lo que haya sido su vida: desde representar el mito de Don Juan hasta tener en trámite su proceso de beatificación. La extremosidad del Barroco parece perseguirlo, y los biógrafos se preguntaron: ¿pecador con las mujeres? ¿camino de la santidad? Y aparte de estos interrogantes, queremos conocer su condición humana, de hombre de su tiempo y rodeado por los límites de su cultura, sobre todo por los que se refieren a la literatura en su doble vertiente: como lector y como creador. Como creador poco es lo que aporta: una pieza ascética, lo que fuese suyo en las correcciones que hiciera en las Reglas de la Hermandad, cartas y algunos versos que sus panegiristas se diría que ocultan. Y todo eso, mal conocido, por desgracia. Por eso son de agradecer las aportaciones que completen este aspecto de su personalidad, como es, en parte, la de don Juan Collantes, que acabamos de oír. Miguel Mañara no es específicamente un escritor, pero en los Siglos de Oro no se podía ser hidalgo y enamorado (de lo humano y de lo divino) sin haber escrito alguna obra literaria. Pues la figura de Miguel Mañara no podemos comprenderla, desde este tiempo nuestro, si no tenemos en cuenta el profundo atractivo y función que la literatura tuvo en el tiempo pasado; lo mismo podía tratarse de poesía, que de teatro, que de libros de entretenimiento, que de obras religiosas, de carácter moral, ascético o místico. Por eso Cervantes pudo imaginar a su Don Quijote como una criatura poética, cuya raíz espiritual está en haber leído demasiado a fondo los libros de caballerías y haberse creado, a través de

esta experiencia literaria, un sistema de vida que, aplicado a la realidad fingida de la novela, acabaría por resultar cómico-trágico. Don Quijote fue un desmesurado en su afición por la literatura, y la pretensión de llevar a la vida lo que había leído, le costó el abandono de la vida tranquila de hidalgo de pueblo y que se metiese en aventuras excesivas para su condición. Cervantes sabía muy bien lo que se hacía cuando mezclaba literatura y realidad en las aventuras del hidalgo en exceso ingenioso, pues la cuestión estaba en el aire de nuestros Siglos de Oro, en los que no se sabe quién imita a quién: si los hidalgos de la vida a los caballeros de la escena de Lope o al revés; si los pobres y malandantes de la realidad social a los pícaros de los libros o al revés.

Pero ¿qué ocurre cuando el objeto de imitación, en vez de ser los aspectos profanos de la literatura, son los religiosos? Para comprender la decisión de Mañara de abandonar, como Don Quijote, su regalada vida (que no la condición) de hijo de un afortunado *grosario* o negociante del comercio de Indias; el padre era de familia procedente de Córcega, y Felipe IV en 1628 lo había distinguido con el hábito de Santiago para el primogénito de la casa, Juan Antonio, y para Miguel con el de Calatrava en 1635. La muerte de la mujer de Mañara, doña Jerónima Carrillo, golpeó con violencia al hidalgo que tan firme pisaba por entre la sociedad de Sevilla. La reacción de Miguel, la «conversión» como la llama Granero, le condujo a meterse en las aventuras de la Caridad. Si en Don Quijote fueron los libros de caballerías los que lo sacaron de sus casillas, en este caso de Mañara hemos de entender que existe por medio la lectura de la literatura religiosa con toda la riqueza espiritual que habían acumulado los escritores desde fines de la Edad Media hasta este siglo culminante que le tocó vivir a Mañara. Culminación en todo y, por tanto, cansancio. Las de Mañara no son aventuras que requieran esfuerzo físico como las de Don Quijote buscando por los caminos del mundo entuertos que deshacer o doncellas a las que ayudar. Son aventuras cuya raíz es de orden espiritual, y presuponen el extenso desarrollo de nuestra literatura religiosa y sus repercusiones en la profana cuando ésta se plantea

los problemas de los fines de la vida y toca, de algún modo, la trascendencia del hombre. Nos lo ha demostrado don Juan Collantes con la abundante cita de escritores religiosos y poetas espirituales y profanos con que ha esmaltado su ágil prosa de erudito que no se priva de la galanura del estilo. El primer fin que proponen es vencerse a sí mismo, la gran preocupación de estos hombres que viven en una sociedad profundamente jerarquizada entre signos incommovibles: el fausto de la liturgia, el prestigio del linaje, el rigor de los estados sociales. Lo habían repetido en muchas ocasiones y a través de muy diversos géneros los escritores que mostraban la ejemplaridad de la muerte y la poquedad de la vida, aunque ésta se presente tan maciza e insoslayable como era la de la sociedad del siglo XVII. La cita que hizo don Juan Collantes de toda la ciudad de Sevilla que se muestra en orden riguroso y protocolario en la procesión inquisitorial, centra perfectamente la situación. ¿Qué ocurre cuando un hidalgo de esta sociedad como Mañara se dispone, de verdad y sin límites, a aniquilarse a sí mismo, a *alterarse* en el sentido de entregarse a los otros, a dejar las convenciones sociales, en la medida en que le era posible para lograr un resultado eficiente, y arder en el fuego de la caridad? El común de las gentes entendería que esto pudiera ser una desmesura, la desmesura de la pasión humana o divina, pero Miguel Mañara tuvo el gran tino de que su quirotismo ascético obtuviese logros cada vez más firmes, y que sus propósitos, muchas veces incómodos para los que preferían ignorar las miserias y dolores del prójimo, realizasen unas funciones de caridad de evidente signo social, por medio de las instituciones de su tiempo. Por desgracia, las instituciones que atendían a los pobres y a los enfermos en nuestros siglos XVI y XVII nos son pocas conocidas. En los archivos de protocolos locales hay numerosos documentos sobre donaciones para fundaciones y ayuda de menesterosos, y las hermandades eran cauce de estos servicios. Basándose en una institución sevillana, la Hermandad de la Santa Caridad, establecida en 1565, Mañara impulsa una labor de gran efecto para todos: para los hermanos mismos

y para los que recibían su beneficio, aunque fuese el postrero de enterrar a los muertos.

Los libros de la espiritualidad religiosa le habían mostrado la gran riqueza de vías para seguir el camino a Dios: la victoria sobre sí mismo, la contemplación de la belleza de la creación de Dios, el esfuerzo por encontrar a Dios en sí mismo, según el consejo agustiniano; y también lo que le tocó más a lo vivo, que fue ver en los sufrimientos de alma o del cuerpo la imagen de Jesús, de modo que el servicio de los pobres, el cuidado de los enfermos y el entierro de los despojos humanos se convertía en un imperativo ascético. Hay que contar, sin embargo, con que Mañara, conocedor de esta literatura y de las consecuencias que pudo plantearle en su conciencia, permaneció en la vida secular. Granero nos informa que, cuando fue dejando de lado la vida del mundo, sintió la llamada de la soledad, vía de contemplación que, encaminada en forma conveniente, conduce al retiro, a la ermita en el caso de algunos o al convento en el caso de otros. Pero no siguió adelante en la retirada del mundo porque sus consejeros espirituales le recomendaron que continuase junto a los pobres y enfermos, manifestando así a la vez su grandeza de ánimo y su humildad. No eran incompatible ambos en los ideales heroicos del Renacimiento, y tenían una versión religiosa que los divulgadores de la espiritualidad de la época difunden en sus obras. Dice el P. Luis de la Puente en sus *Sentimientos y avisos espirituales* (libro impreso por primera vez en Sevilla, 1671): «grandeza es de ánimo, salir a buscarlas y acometer cosas donde se ofrezca algo que padecer, y mayor gloria de Dios y cumplimiento de su voluntad, a imitación de Cristo nuestro Señor» (ed. Madrid, 1893, página 120); y el jesuita P. Alonso Rodríguez en sus *Ejercicios de perfección y virtudes cristianas* (publicados en Sevilla, 1609): «para tener este corazón tan grande, tan generoso y tan despreciador de las honras y deshonoras de los hombres, cual le ha de tener el magnánimo, menester es mucha humildad» (II, Madrid, 1930, p. 435). Mañara, que conocía libros de esta naturaleza, con términos semejantes, no estima que para cumplir su misión religiosa en el mundo tenga que dejar su si-

tuación social de hidalgo. Le había costado mucho a la familia, de orígenes oscuros, situarse donde estaba, y Mañara pretende —y logra— que su acción religiosa se lleve a cabo entre los hidalgos —uno más entre ellos, par entre pares— y que su enfrentamiento con los convencionalismos no lo derribe de esta condición.

Lo difícil estaba en convertir en realidad lo que decían los libros espirituales y que no fuesen sólo consejo o consuelo, sino acción. La literatura importa por su poder sobre la vida, conformándola, dándole un sentido. No hace al caso que Mañara escribiese poco; había leído mucho y quiso, de verdad, repito, convertir en amor al prójimo, en ejercicio de caridad, el fin de una vida que amaba intensamente por ser camino de liberación, traspasando si era necesario con espada de fuego las convenciones sociales y asegurando un modo de comprender la muerte en relación con la vida, que es una de las más hermosas demostraciones del Barroco sevillano.

Tenemos, pues, que agradecer a don Juan Collantes lo que ha precisado en este sentido sobre Miguel Mañara y la literatura religiosa. Ha demostrado que aún queda mucho por hacer, y que el voluminoso libro del P. Jesús María Granero no es sino un punto de partida necesario, un marco biográfico. Hay que seguir iluminando los pormenores de esta figura para poder recomponer los diversos aspectos de su atractiva personalidad. Y por eso me ha complacido contestar al nuevo académico que nos ha ofrecido esta hermosa lección, y ahora, cumpliendo con el protocolo de nuestra casa, tengo que referirme brevemente a su vida y a su obra.

Juan Collantes de Terán y Collantes de Terán nació en Sevilla en 1931; estudió en nuestra Universidad y siguió entre otros mis cursos de Literatura Española e Hispanoamericana, culminando su titulación académica en la Universidad de Madrid, donde se doctoró en la Sección de Filología Moderna. Su actividad profesional se orientó hacia la enseñanza de la Literatura Española e Hispanoamericana, y fue profesor en nuestra Facultad de Filosofía y Letras y en el Instituto de San Isidoro. En 1968 obtuvo por oposición la cátedra de Lengua y Literatura Españolas del Instituto de Enseñanza Media

«Martínez Montañés», de Sevilla, y en 1970 la agregación de Literatura Española de nuestra Facultad de Filosofía y Letras. Junto con esta actividad de enseñanza en Institutos y en la Universidad de Sevilla, la hoja de servicios de Don Juan Collantes muestra varias publicaciones que se centran fundamentalmente en el estudio de Güiraldes y del modernismo; así el libro sobre *Las novelas de Ricardo Güiraldes* (Sevilla, 1959) y diversos artículos sobre el mismo escritor argentino; otros artículos sobre el romanticismo en Esteban Echeverría y sobre el creacionismo de Huidobro, junto con trabajos de orden erudito, como su aportación bibliográfica a la literatura hispanoamericana (bibliografía argentina). En la actualidad está preparando para las publicaciones de la Universidad un libro sobre la poesía piedracelista colombiana, y en la Colección «Clásicos Castellanos» la edición de Baltasar de Alcázar, este autor sevillano tan necesitado de difusión y estudio. Quiero también señalar que, junto con estos trabajos de crítica y de erudición, don Juan Collantes también es un escritor que se manifiesta creativamente en la poesía y en el artículo de periódico; de ahí su colaboración en las revistas jóvenes «Aljibe» y «Platero» y en el periódico «ABC». Este dato justifica el evidente tono literario que subrayé antes en esta glosa mía a su discurso. Y con esto prueba una vez más que pertenece a una hidalga familia sevillana que ha dado ilustres nombres a las Letras y a la erudición de esta ciudad, y también miembros a nuestras Academias: don Antonio Collantes de Terán Martínez, Catedrático de Latín y Rector de la Universidad; don Francisco Collantes de Terán Delorme y don Celestino López Martínez. Su presencia entre nosotros representa una aportación de los nuevos valores sevillanos que ha de renovar este espíritu, que quisiéramos mantener siempre joven, de la Academia. Pues aunque esta no sea la opinión común, la Academia nació con ánimos de renovación, y la presencia del espíritu dieciochesco que representa, supone una intención de modernidad que va salvando de época en época la continuidad de la misma. Y una de las maneras de lograr esta renovación es ir llamando a nuestras filas a todos los que, cada uno en el campo de sus actividades, sientan pro-

fundo amor por la verdadera tradición de la vida sevillana y de las instituciones que la representan. Pues cada vez más es necesario insistir en la conciencia de todos sobre que Sevilla se nos puede ir de las manos si no sabemos defender los testimonios de su cultura que enmarcan la realidad de nuestra vida cotidiana. Barrio por barrio, calle por calle, casa por casa de la vieja Sevilla necesitan ser defendidas no con criterio estrictamente arqueológico, sino de una manera viva, adecuada a las condiciones de nuestro tiempo. Cuando en tantos lugares se cuida y aún se mimma artísticamente la arquitectura de una ciudad, buscando la armonía del conjunto al servicio de una tradición artística, da pena ver lo que aquí ya se ha perdido irremisiblemente y se está perdiendo. La tradición lo es todo: la piedra y el espíritu, del mismo modo que Mañara está presente hoy en la maravilla arquitectónica de la Caridad. Por eso queremos que los jóvenes sepan que lo que se hace y vigila desde las Academias, es para asegurar el futuro, cualquiera que sea, pues lo contrario es entregar inerte el cuerpo de la hermosa ciudad a los intereses mezquinos de individuos o grupos que actúan sin importarles la vida actual y venidera de la comunidad.

Por esto manifiesto aquí la complacencia con que he expuesto esta contestación al discurso de don Juan Collantes, que vuelve a traer a la actualidad, desde un ángulo literario, a esta figura siempre cautivante por su condición humana y renovadora de espiritualidad que fue Miguel Mañara, apóstol seglar de la caridad cristiana.